

# Pandemia. Media

*Alberto Carlos Romero Moscoso*  
*Profesor*  
*alberto.romero@utadeo.edu.co*

Pueden ser 70 canales o más, que pueden ser divididos de manera torpe en: deportes, informativos, variedades, farándula, reality shows, humor, religiosos y musicales. El noventa por ciento o más, gringos; un par de europeos y un par de latinos; regionales y locales de relleno. No es fácil imaginar la sensación de miseria que puede alcanzar tal oferta.

Los medios circulan basura, no es un misterio. Si bien resulta desafortunado tener que salir en defensa de los medios, tampoco significa riesgo alguno decir que no todo es basura. Sin embargo, decir qué circula y que no todo es basura, es decir muy poco. Sin embargo, si se tiene el propósito de señalar aquello que no alcanza ese raquítico estatuto, o las condiciones que permiten que algo de lo que circula, no lo sea, puede haber algún interés.

Sabemos que algunos pueden interesarse en ciertos temas, programas o canales y otros pueden interesarse en propuestas diferentes; muy difícil sería intentar discutir si estos o aquellos son los buenos y, en consecuencia, los otros son los malos.

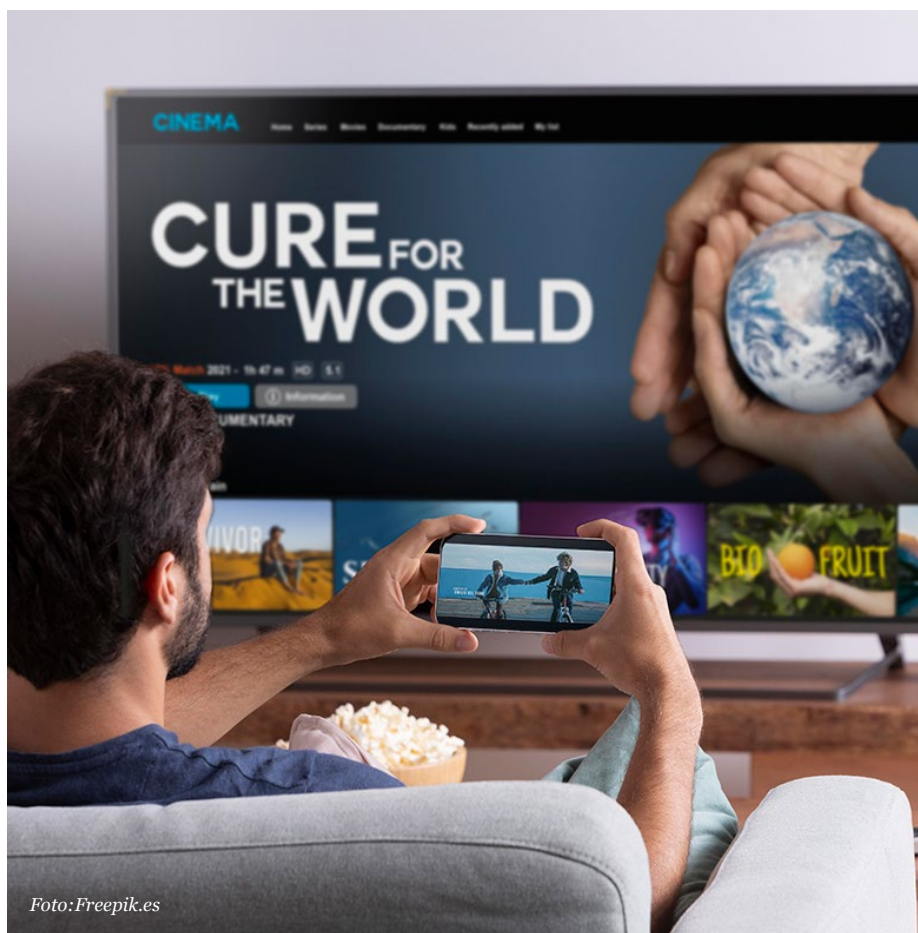


Foto:Freepik.es

El juicio en últimas, sería similar a todos, no sería más que una valoración subjetiva. Canales hay para todos, acorde con las propuestas de consumo del mundo actual.

No obstante, aquellos que se sientan insatisfechos, pueden encontrar plataformas de circulación de películas, series, novelas y documentales. Conglomerados de comunicación que ofertan productos audiovisuales también locales, nacionales, regionales y multinacionales, como promesas cumplidas a impacientes y obsesivos espectadores o almacenan productos que han logrado aplausos en otros momentos y que se recogen como hitos.

De ser aún insuficiente el material que circula por los canales de la anacrónica televisión o de las plataformas para cada gusto y estilo, quedan aún las redes sociales en las que deambulan contenidos de todo tipo, sin jerarquía, orden, ni sentido. Desde contenidos pornográficos ligeros o porquerías zoofílicas, hasta videos de rápidas pantomimas adolescentes para ser actuadas nuevamente o serísimas reflexiones políticas y humanitarias consideraciones sociales. Por los medios circula casi de todo.

Empero, si aún pareciera plausible la idea de que existe un material para cada gusto y un paquete para cada estilo, lo que se requiere en este tiempo, fuera de eso, es un abastecimiento constante y en condiciones de inagotabilidad para cada uno. Un suministro sostenido de materiales similares dispuestos a ser devorados por seres humanos en condiciones de encierro, que intentan que sus deseos y voluntades desaparezcan tras la satisfacción de la mera

visualidad, que viene además y por fortuna, con el tiempo real que desaparece.

Lo que resulta entonces interesante no es abordar la peregrina idea sobre los medios que circulan basura, sino su condición de infinita intemporalidad y falta de contexto. Su colosal capacidad para distraer los espíritus de los seres humanos de condiciones dispares, que encuentran en estos la única posibilidad de valerse como existencias reales.

Los medios circulan lo que se les demanda y en ese sentido, los juicios podrían resultar odiosos. No obstante, al satisfacer de inmediato y con la promesa de poder continuar el ritmo y cadencia de la súplica de los audiovidentes, lo que circula deviene un problema menor. Que esté disponible tal cantidad, es lo que resulta realmente alarmante. Que el aparato medial esté atento a abastecer las necesidades no es tan realmente dramático, como lo es la idea de que lo puede hacer de manera infinita.

Sabemos que los dispositivos tecnológicos de almacenamiento de imágenes, almacenan tal cantidad de estas, que sería, por supuesto, imposible intentar verlas todas o que las redes y plataformas ajustan variables similares, bajo las cuales los contenidos de imagen que están en capacidad de almacenar son inmensamente superiores a quienes estamos en capacidad de ver.

Así las cosas, ver basura no es tan problemático, como intentar afanosamente, patológicamente, ver toda la basura. Seres humanos insatisfechos por la incapacidad de no poder ver más rápido, hartarse de más contenidos. Seres afligidos y ansiosos, no por el encierro que sufren, sino por la incapacidad de abarcar más contenidos mediados o mediáticos.

Hasta sus acciones mismas exhiben deseos de devenir en mediaciones que comparten con otros seres humanos. Sujetos anclados en los espacios íntimos, que encuentran en los medios la única posibilidad de ver el mundo y en los dispositivos su profundo deseo de circular como imágenes y de encarar su condición de seres sociales, solo a partir de la precariedad de las interacciones, algunas penosamente resumidas en likes.

Conmovedor resulta, en consideración, que a algunos la socialización en el espacio y tiempo de la realidad no les hace falta alguna. Que la situación actual ha develado su absurda capacidad para llevar una vida en la que los demás sólo son imágenes y audios que aparecen mediados por los dispositivos y que la vida no es más que la oportunidad de mirar eternamente a la pantalla, a la espera de alguna vez terminar de consumir los productos de los medios de su elección.

El mundo de los medios, plataformas, portales y demás se presentan como una oferta preparada para cada uno y, aturcidos los sujetos van creyendo que lo es; que aquello que enfrentan animados y eufóricos en los medios, es contenido sólo para ellos y que, en consideración, sus elecciones son individuales y propias y que los medios los consideran de manera particular.

La calidad de aquello que circula puede ser objeto de valoraciones y evaluaciones, en el mejor de los casos puede haber un acuerdo con respecto a la calidad de lo que circula por los medios; edad, acceso a la riqueza, educación, entre otras, serán variables para la estructuración de estos acuerdos respecto de la calidad de productos mediáticos. Sin embargo, el acuerdo no convierte a los productos, en productos de calidad, ni la imposibilidad de llegar a acuerdos, los transforma en basura.

El juicio despectivo, quizá el desprecio, es resultado no de intentar comprender el producto -ese puede seguir circulando con su inocencia ramplona buscando su audiencia- es efecto de intentar comprender el conjunto de los productos y

también la suma estrecha de sus posibilidades. Nada hay condenable en una serie, un capítulo, una nueva emisión de una película, un video, una aplicación o la oferta de un portal, en principio nada allí es inmoral ni fraudulento, nada tampoco tiene por principio minar expresamente la condición humana. No obstante, la sumatoria de lo mediático; el trastocamiento de la realidad en mediatización sí acontece como una suerte de desventura del tiempo actual.

Las horas y horas del tiempo que pasa en la atenta mirada y escucha del mundo mediado, son horas perdidas para el sujeto, son el tiempo que el ser humano ha dejado escapar. La acumulación perturbadora de tiempo en los escenarios de la mediación, es tiempo que el sujeto ha dejado correr y del que es posible que siquiera se percate.

Las horas de tiempo absorto en la contemplación mediática y en las precarias interacciones, es una fisura de la construcción social, de las dinámicas del habitar en convivencia, de la potencia de consolidar comunidades con sentido colectivo y colaborativo, que parten del principio de que el intercambio humano, sensible y emocional es primordial.

Resulta conmovedor por tanto culpar al contenido de aquello que circula mediatizado. Los sujetos que se han desprovisto en este tiempo de su condición de elegir, de ordenar, de estructurar los tiempos y privilegiar los intercambios humanos y, por el contrario, han entrado en la esfera del consumo desenfrenado de acciones mediáticas, son quienes pueden cargar la falta.

Los seres humanos que han dejado su errancia por el mundo se ven abocados a errar por los medios. Infortunio. En este tiempo es preciso que la errancia se extravié por los caminos no mediáticos que las formas de compartir y socializar no se amparen en robustecer las plataformas de la mediación digital. Es preciso recurrir a maneras humanas de compartir.

Caminar y sentir el peso del cuerpo, el viento y el frío; susurrar, tropezarse, comprender los cuerpos que gesticulan, mirar de reojo. Escribir a lápiz, borrar. Leer despacio, subrayar, brindar (que suene y hasta que exploten algunas gotas) pelear en el tráfico, correr para no perder el bus. Adoptar algunas prácticas que nos vuelvan a la condición de mamíferos.

El mundo de las mediaciones no es excesivo en sí mismo, tampoco es nocivo; algunos contenidos pueden ser como los que se encuentran en otros espacios de intercambio, análogos, impresos u otros. Entregados a la soledad de este tiempo, a la isolación y a la imposibilidad de los intercambios sensibles, la mediatización no es más que el espejismo del mundo triunfante de la imagen ligera y el relato fácil. El fetiche del triunfo de la condición humana que se esconde en el consumo de los accesos, los pines, los códigos y las contraseñas, que permiten la entrada al brillante mundo del producto dispuesto para su circulación mediatizada.

Sólo queda por preguntar, en este tiempo fatigante, por las acciones, las articulaciones o los escenarios que no resultan

del consumo mediático; porque es posible que en estos se encuentren las pistas que debemos seguir para volver a los seres humanos que dejamos suspendidos y que estarán a la espera de que nos resistamos a seguir en la realidad mediada, construida a nuestra medida y por el contrario vayamos al mundo que se comporta siempre insistiendo que no somos el centro y que tampoco está construido para nosotros de manera exclusiva. Que apueste por la oferta, inmensa también, de ver la vida real e interactuar con seres humanos reales (aunque huelan). ■